Catástrofe Aérea

James G. Ballard

La noticia indicando que el avión más grande del mundo se había hundido en el mar cerca de Mesina, con mil pasajeros a bordo, me llegó a Nápoles, donde estaba cubriendo el festival de cine. Apenas unos pocos minutos más tarde que las primeras informaciones de la catástrofe fueran transmitidas por la radio (el mayor desastre de la historia de la aviación mundial, una tragedia similar a la aniquilación de toda una ciudad), mi redactor jefe me telefoneó al hotel.

—Si aún no lo has hecho, alquila un coche. Baja hasta allí y ve lo que puedes conseguir. Y, esta vez, no olvides tu cámara.

—No habrá nada fotografiable —hice notar—. Un montón de maletas flotando en el agua.

—No importa. Es el primer avión de este tipo que se estrella. ¡Pobres diablos! Eso tenía que ocurrir algún día.

No me atreví a contradecirle, puesto que mi redactor jefe tenía razón. Abandoné, Nápoles media hora más tarde y me dirigí al sur, hacia Reggio Calabria, recordando la puesta en servicio de aquellos aviones gigantes. No representaban ningún progreso en la tecnología de la aviación: de hecho, no eran más que versiones de dos pisos de un modelo ya existente; pero había algo en la cifra mil que excitaba la imaginación, provocaba todo tipo de malos presagios, que ninguna publicidad tranquilizadora conseguía alejar. Mil pasajeros; los contaba ya mentalmente, mientras me dirigía a la escena trágica. Veía las fantasmales falanges: hombres de negocios, monjas de edad avanzada, niños regresando a ver a sus padres, amantes en fuga, diplomáticos, incluso un traficante de yerba. Eran una porción de humanidad casi perfecta, un poco como las muestras representativas de un sondeo de opinión, que hacía que la catástrofe estuviera próxima a todo el mundo. Faltaban aún unos ciento sesenta kilómetros hasta Reggio, y me puse a observar involuntariamente el mar, como si esperara ver los primeros maletines y chalecos salvavidas varados en las vacías playas.

Cuanto más aprisa pudiera fotografiar unos cuantos restos flotando en el mar para satisfacer a mi redactor jefe y volver a Nápoles, incluso a las mundanidades del festival de cine, más feliz me sentiría. Por desgracia, había grandes embotellamientos en la carretera que conducía al sur. Evidentemente, todos los demás periodistas del festival, tanto italianos como extranjeros, habían sido enviados al lugar del desastre. Camiones de la televisión, coches de la policía y vehículos de turistas curiosos..., pronto nos encontramos parachoques contra parachoques. Irritado por aquella macabra atracción hacia la tragedia, empecé a desear que no hubiera ni el menor rastro del avión cuando llegásemos a Reggio, aun a riesgo de decepcionar de nuevo a mi redactor jefe.

De hecho, escuchando los boletines de la radio, apenas había nuevas noticias sobre el accidente. Los comentaristas que habían llegado ya al lugar recorrían las calmadas aguas del estrecho de Mesina en pequeñas lanchas de alquiler, sin hallar aún el menor rastro de la catástrofe.

Y, sin embargo, no quedaba la menor duda que el avión se había estrellado en alguna parte. La tripulación de otro avión había visto al enorme aparato estallar entre cielo y tierra, probablemente víctima de un sabotaje. De hecho, la única información precisa que se transmitía una y otra vez por la radio era la grabación de los últimos instantes del piloto del gigantesco avión, declarando que había un incendio en la bodega de equipajes.

El avión se había estrellado, por supuesto, pero, ¿dónde exactamente? Pese a la falta de noticias, la circulación proseguía hacia Reggio y el sur. Detrás de mí, un equipo italiano de reportajes televisados decidió adelantar a la hilera de vehículos que se arrastraba penosamente y se pasó a la orilla; los primeros altercados se iniciaron inmediatamente. La policía regulaba un cruce importante y, con su flema habitual, conseguía frenar aún más la circulación. Una hora más tarde mi radiador empezó a hervir, y me vi obligado a entrar con mi coche dando tirones en una estación de servicio al borde de la carretera.

Sentado de mal humor en el patio de la estación, me daba cuenta que no iba a alcanzar Reggio hasta media tarde. Observaba la inmóvil serpiente de la circulación, que desaparecía en las montañas unos pocos kilómetros más adelante. Las ondulaciones de la cadena de montañas de Calabria surgían bruscamente de la llanura marítima, con sus agudos picos iluminados por el sol.

Pensando en ello, nadie había sido testigo de la caída del gigantesco avión al mar. La explosión se había producido en alguna parte sobre las montañas de Calabria, y la probable trayectoria del desgraciado aparato conducía hasta el estrecho de Mesina. Pero, de hecho, un error de observación de apenas unos pocos kilómetros, un error de cálculo de algunos segundos por parte de la tripulación que había visto la explosión, podían situar el punto del impacto muy al interior.

Por coincidencia, un par de periodistas en un coche cercano discutían esta posibilidad mientras el encargado de la estación les llenaba el depósito. El más joven de los dos señalaba con un dedo la montaña, e imitaba una explosión.

El otro parecía escéptico, ya que el joven encargado de la estación parecía querer confirmar la teoría y no ofrecía grandes muestras de inteligencia. Una vez le hubieron pagado, se dirigieron de nuevo a la carretera para incorporarse a la lenta caravana que conducía a Reggio.

El hombre les observó marcharse, indiferente. Cuando hubo llenado mi radiador, le pregunté:

—¿Ha visto alguna explosión en las montañas?

—Quizá sí. Es difícil de decir. Puede que se tratara de un relámpago, o de una avalancha.

—¿No vio usted el avión?

—No, de veras.

Se alzó de hombros, más interesado en su trabajo que en la conversación. Poco después, otro le reemplazó, y él se montó en la moto de un compañero y, como todo el mundo, se dirigió hacia Reggio.

Eché una ojeada a la carretera que conducía hasta el valle. Por suerte, un pequeño camino detrás de la estación de servicio conducía hasta ella unos quinientos metros más adelante, al otro lado de un campo.

Diez minutos más tarde conducía hacia el valle, alejándome de la llanura del litoral. ¿Por qué suponía que el avión se había estrellado en las montañas? Quizá la esperanza de confundir a mis colegas y de impresionar por primera vez a mi redactor jefe. Ante mí surgió un pequeño pueblo, un decrépito grupo de edificios alineados a ambos lados de una plaza formando pendiente. Media docena de campesinos estaban sentados al exterior de una taberna..., no mucho más que una ventana en una pared de piedra. La carretera del litoral quedaba ya muy lejos detrás, como si formara parte de otro mundo. A aquella altura, seguro que alguien tenía que haber visto la explosión del aparato si el avión se había estrellado por allí. Había que interrogar a algunas personas; si nadie había visto nada, daría media vuelta y seguiría a los demás hasta Reggio.

Al entrar en el pueblo recordé hasta qué punto era pobre aquella región de Calabria..., la más pobre de Italia, irónicamente situada debajo de la bota desde un punto de vista geográfico y casi sin ningún cambio desde el siglo XIX. La mayor parte de las miserables casas de piedra aún no tenían electricidad. No había más que una única y solitaria antena de televisión y algunos automóviles viejos, verdaderas piezas de museo ambulantes, estacionados a ambos lados de la carretera junto con oxidadas piezas de utensilios agrícolas. Las deterioradas curvas de la carretera que conducían hacia el valle parecían ahogarse en un suelo secularmente árido.

Sin embargo había una débil esperanza que los lugareños hubieran visto algo, un resplandor quizá o incluso la visión fugitiva del aparato en llamas hundiéndose hacia el mar.

Detuve mi coche en la empedrada plaza y me dirigí hacia los campesinos en el exterior de la taberna.

—Estoy buscando el avión que se ha estrellado —les dije—. Puede que haya caído por aquí. ¿Alguno de vosotros ha visto algo?

Miraban fijamente mi coche, evidentemente un vehículo mucho más llamativo que todo lo que podía caer desde el cielo. Agitaron la cabeza, moviendo las manos de una forma extrañamente secreta. Ahora sabía que había perdido mi tiempo acudiendo allí. Las

montañas se elevaban por todos lados a mi alrededor, dividiendo los valles como si fueran las entradas de un inmenso laberinto.

Mientras me volvía para regresar al coche, uno de los viejos campesinos me tocó del brazo. Señaló negligentemente con el dedo hacia un estrecho valle encajonado entre dos picos adyacentes, muy arriba por encima de nosotros.

—¿El avión? —pregunté.

—Está ahí arriba.

—¿Qué? ¿Está seguro? —Intenté controlar mi excitación, con miedo a ponerme demasiado en evidencia.

El viejo hizo un gesto afirmativo con la cabeza. No parecía estar ya interesado.

—Sí. Al final del valle. Es muy lejos.

Seguí mi camino unos instantes más tarde, intentando con dificultad no apurar demasiado el motor del coche. Las vagas indicaciones del viejo me habían convencido que estaba sobre la buena pista y a punto de conseguir el golpe maestro de mi carrera periodística. Pese a su indiferencia, el viejo había dicho la verdad.

Seguí la estrecha carretera, evitando los socavones y otros agujeros en el suelo. A cada curva esperaba ver las alas destrozadas del avión en equilibrio sobre un distante pico, y centenares de cuerpos esparcidos por la ladera de la montaña como un ejército diezmado por un adversario sin piedad. Mentalmente redactaba ya los primeros párrafos de mi información, y me veía remitiéndosela a mi asombrado redactor jefe, mientras mis rivales contemplaban el mar vacío cerca de Mesina. Era importante hallar el equilibrio justo entre el sensacionalismo y la piedad, una irresistible combinación de realismo furioso e invocación melancólica. Pensaba describir el descubrimiento inicial de un asiento arrancado del avión sobre la ladera de la colina, una estremecedora pista de equipajes reventados, el juguete de peluche de un niño, y luego... el alfombrado valle cubierto de cuerpos desgarrados.

Seguí por aquella carretera durante casi una hora, deteniéndome de tanto en tanto para apartar las piedras que bloqueaban el camino. Aquella región árida y remota estaba casi desierta. De tanto en tanto aparecía alguna casa aislada, pegada a la ladera de la montaña, una sección de cable telefónico siguiendo mi mismo camino durante unos seiscientos metros antes de interrumpirse bruscamente, como si la compañía telefónica se hubiera dado cuenta hacía años que no había nadie allí para llamar o recibir llamadas.

Empecé a dudar una vez más. El viejo lugareño..., ¿me habría engañado? Si hubiese visto realmente estrellarse el avión, ¿no se hubiera mostrado preocupado?

La llanura litoral y el mar estaban ahora a kilómetros a mis espaldas, visibles de tanto en tanto mientras proseguía la irregular carretera a través del valle. Observando la soleada costa por mi retrovisor, no me di cuenta del enorme montón de pedruscos sembrados por la carretera. Tras el primer choque, me di cuenta por el distinto sonido del tubo de escape que se había estropeado el silenciador.

Maldiciendo sordamente por haberme embarcado en aquella loca aventura, me di cuenta que estaba a punto de perderme en aquellas montañas. La claridad de la tarde estaba empezando a disminuir. Afortunadamente, llevaba bastante gasolina, pero en aquella estrecha carretera me resultaba imposible dar media vuelta.

Obligado a continuar, me aproximé a un segundo pueblo, un amasijo de miserables viviendas edificadas hacía más de un siglo alrededor de una iglesia hoy en ruinas. El único lugar donde podía dar la vuelta estaba temporalmente bloqueado por dos lugareños cargando madera en una carreta. Mientras aguardaba a que se fueran, me di cuenta que la gente de aquel lugar era aún más pobre que la del primer pueblo. Sus ropas estaban hechas o de cuero o de pieles de animales, y todos llevaban fusiles de caza al hombro; y sabía, viéndoles observarme, que no vacilarían en utilizar aquellas armas contra mí si me quedaba hasta la noche.

Me observaron con atención mientras daba la media vuelta, con sus miradas fijas en mi lujoso coche deportivo, las cámaras en el asiento trasero, e incluso mis ropas, que debían parecerles increíblemente exóticas.

A fin de explicar mi presencia y proporcionarme una especie de estátus oficial que les refrenara de vaciar sus escopetas contra mi espalda unos instantes más tarde, dije:

—Me han pedido que busque el avión; cayó en algún lugar por aquí.

Iba a cambiar de marcha, dispuesto a salir a toda prisa, cuando uno de los hombres hizo un gesto afirmativo con la cabeza como respuesta. Apoyó una mano sobre mi parabrisas, y con la otra me indicó un estrecho valle que se abría entre dos picos cercanos, en una montaña a unos trescientos cincuenta metros por encima nuestro.

Mientras seguía con el coche el camino de la montaña, todas mis dudas habían desaparecido. Ahora, de una vez por todas, iba a dar pruebas de mi valía al escéptico redactor jefe. Dos testigos independientes habían confirmado la presencia del avión. Cuidando de no reventar mi coche en aquel camino primitivo, continué dirigiéndome hacia el valle que lo dominaba.

Durante otras dos horas seguí subiendo incansablemente, siempre hacia arriba en medio de las desoladas montañas. Ahora ya no eran visibles ni la llanura del litoral ni el mar. Durante un breve instante tuve un atisbo del primer pueblo por el que había pasado,

lejos a mis pies, como una pequeña mancha en una alfombra. Afortunadamente, el camino seguía siendo practicable. Apenas un sendero de tierra y guijarros, pero lo suficientemente ancho como para que mis ruedas se aferraran a los bordes en las cerradas curvas.

En dos ocasiones me detuve para hacer algunas preguntas a los escasos montañeses que me contemplaban desde las puertas de sus cabañas. Pese a su reticencia, me confirmaron que los restos del avión se hallaban allá arriba.

A las cuatro de la tarde, alcancé finalmente el remoto valle que se hallaba entre los dos picos montañosos, y me acerqué al último de los pueblos construidos al final del largo camino. Éste terminaba allí, en una plaza cuadrada pavimentada con piedras y rodeada por un grupo de viejas construcciones, que parecían haber sido erigidas hacía más de dos siglos y haber pasado todo aquel tiempo hundiéndose lentamente en el flanco de la montaña.

Una gran parte del pueblo estaba deshabitado, pero, ante mi sorpresa, algunas personas salieron de sus casas para observarme y contemplar con estupor mi polvoriento coche. Me sentí inmediatamente impresionado por lo profundo de su pobreza. Aquella gente no poseía nada. Estaba desprovista de todo, de bienes terrenales, de religión, de esperanza; eran ignorados por el resto de la humanidad. Mientras salía de mi coche y encendía un cigarrillo, esperando a que se agruparan en torno mío a una respetuosa distancia, me pareció de una extrema ironía que el gigantesco avión, el fruto de un siglo de tecnología aeronáutica, se hubiera estrellado entre aquellos primitivos montañeses.

Observando sus rostros pasivos y carentes de inteligencia, me sentí como rodeado por un extraño grupo de anormales, un poblado de enfermos mentales que hubiera sido abandonado a su suerte en las alturas de aquel perdido valle. Quizá existiera algún mineral en el suelo que afectara a los sistemas nerviosos y los redujera a un estado casi animal.

—El avión..., ¿habéis visto el avión? —pregunté.

Me rodeaban una docena de hombres y mujeres, hipnotizados por el coche, por mi encendedor, por mis gafas, o incluso quizá por el tono de mi piel, demasiado rosado.

—¿Avión? ¿Aquí? —Simplificando mi lenguaje, apunté con el dedo a las rocosas laderas y los barrancos que dominaban el poblado, pero ninguno de ellos parecía comprenderme. Quizá fueran mudos, o sordos. Parecían más bien inofensivos, pero se me ocurrió la idea que ellos no querían revelar lo que sabían del accidente. Con toda la riqueza que podrían recoger de los mil cuerpos destrozados, se harían dueños de un tesoro lo suficientemente grande como para transformar sus vidas durante todo un siglo. Aquel pequeño cuadrado de la plaza podría llenarse con asientos de avión, maletas, cuerpos apilados como madera para ser quemada en las chimeneas.

—Avión...

Su jefe, un hombre pequeño cuyo amarillento rostro no sería más grande que mi puño, repitió vacilante la palabra. Entonces me di cuenta que ninguno de ellos me comprendía. Su dialecto debía ser más bien un subdialecto, en las fronteras mismas del lenguaje inteligente.

Buscando un modo de comunicarme con ellos, reparé en mi bolsa de viaje llena con todo el equipo fotográfico. La etiqueta de identificación de la compañía aérea llevaba un dibujo a todo color de un gran avión. La arranqué e hice circular la imagen entre aquella gente.

Inmediatamente, todos se pusieron a asentir con la cabeza. Murmuraban sin cesar, señalando hacia un estrecho barranco que formaba una corta prolongación del valle, al otro lado del pueblo. Un lodoso camino, apenas adecuado para las carretas, conducía hacia allá.

¿El avión? ¿Allá arriba? ¡Bien!

Satisfecho, saqué mi billetera y les mostré un fajo de billetes, mi cuenta de gastos para el festival cinematográfico. Agitando los billetes para animarle, me volví hacia el jefe:

—Vosotros llevarme allí. Ahora. Muchos cuerpos, ¿eh? ¿Cadáveres por todas partes?

Asintieron todos con la cabeza, contemplando con ojos ávidos el abanico de billetes de banco.

Tomamos el coche para atravesar el pueblo y seguir por el camino que flanqueaba la colina. A ochocientos metros del pueblo, nos vimos obligados a detenernos, pues la pendiente era demasiado pronunciada. El jefe señaló la embocadura del barranco, y bajamos del coche para seguir a pie. Con mis ropas festivaleras, la tarea era difícil. El suelo de la garganta estaba cubierto de aceradas piedras que se me clavaban a través de las suelas de mis zapatos. Me fui rezagando de mi guía, que iba saltando por encima de las piedras con la agilidad de una cabra.

Estaba sorprendido de no ver todavía huellas del gigantesco avión, o de los restos de los centenares de cuerpos. Había esperado encontrar la montaña inundada de cadáveres.

Habíamos alcanzado el extremo de la garganta. Los últimos trescientos metros de la montaña se erguían ante nosotros, hasta el pico, separado de su gemelo por el valle y el pueblo más abajo. El jefe se había detenido y me señalaba la pared rocosa. Una mirada de orgullo cruzaba su pequeño rostro.

—¿Dónde? —Controlando mi respiración, seguí con los ojos la dirección que señalaba—. ¡Aquí no hay nada!

Y entonces vi lo que me estaba indicando, lo que todos los lugareños desde la costa del litoral me habían estado describiendo. En el suelo del barranco yacían los restos de una avioneta militar de tres plazas, el morro hundido, la cabina medio sepultada entre las rocas. El cuerpo del aparato había sido barrido hacía ya mucho tiempo por los vientos, y el avión era apenas un amasijo de trozos de metal oxidado y restos de fuselaje. Evidentemente hacía más de treinta años que se encontraba allá, presidiendo como un dios andrajoso aquella abandonada montaña. Y su presencia en aquel lugar se había extendido hasta abajo, de poblado en poblado.

El jefe señaló el esqueleto del avión. Me sonreía, pero su mirada estaba clavada en mi pecho, allá donde había metido la billetera en el bolsillo interior de mi chaqueta. Su mano estaba tendida. Pese a su corta estatura, tenía un aspecto tan peligroso como un pequeño perro.

Saqué mi billetera y le alargué un solitario billete, más de lo que debía ganar en un mes. Quizá porque no se daba cuenta de su valor, señaló agresivamente hacia los otros billetes.

Aparté su mano.

—Escucha... Este avión no me interesa. ¡No es el bueno, idiota!

Me miró sin comprender cuando tomé la etiqueta de mi bolsillo y le señalé con el dedo la imagen del enorme avión.

—¡Ese quiero! ¡Muy grande! ¡Centenares de cadáveres!

Mi decepción estaba dando paso a la cólera, y me puse a gritar:

—¡No es el bueno! ¿Acaso no comprendes? ¡Tendría que haber cadáveres por todas partes, muchos cadáveres, centenares de cadáveres...!

Me dejó allí, gritando, frente a las paredes de piedra del desierto barranco, en las alturas de la montañas y junto al incompleto esqueleto del avión de reconocimiento.

Diez minutos más tarde, de regreso al coche, descubrí que el pinchazo que antes había supuesto había deshinchado uno de los neumáticos delanteros. Ya completamente agotado, con los zapatos destrozados por las rocas, mis ropas sucias, me derrumbé tras el volante, dándome cuenta de la futilidad de aquella absurda expedición. ¡Podría sentirme feliz si conseguía volver a la carretera del litoral antes de la noche! Muy pronto, todos los periodistas estarían en Reggio y enviarían sus reportajes sobre los

restos del avión esparcidos por el estrecho de Mesina. Mi redactor jefe aguardaría impaciente a que yo me pusiera en contacto con él para la edición de la tarde. Y yo estaba allí en aquellas montañas abandonadas, con un automóvil inmovilizado y mi vida probablemente amenazada por aquellos campesinos idiotas.

Tras descansar un poco, me decidí a actuar. Necesité media hora para cambiar el neumático. Cuando me puse en marcha para iniciar el largo viaje de vuelta hacia la llanura del litoral, el día empezaba a desaparecer ya por el pico.

El pueblo estaba aún a trescientos metros más abajo cuando divisé la primera casa cerca de una curva del camino. Uno de los lugareños estaba de pie cerca de un muro pequeño, con lo que parecía ser un arma en los brazos. Disminuí inmediatamente la velocidad, puesto que sabía que, si me atacaban, tenía pocas posibilidades de escapar. Recordando la billetera en mi bolsillo, la saqué y coloqué los billetes sobre el asiento. Quizá aquello financiara mi paso a través de ellos.

Mientras me acercaba, el hombre dio un paso adelante hacia la carretera. El arma que llevaba en la mano era una vieja pala. Era un hombrecillo exactamente igual a todos los demás. Su postura no tenía nada de amenazador. Parecía más bien querer pedirme algo, casi mendigar.

Había un montón de ropas viejas al borde de la carretera, cerca del muro. ¿Quería que las comprara? Casi frené para darle un billete, y entonces vi que en realidad se trataba de una mujer vieja, parecida a un mono envuelto en un chal, que me miraba fijamente. Luego vi que aquel rostro esquelético era realmente un cráneo, y que las ropas hechas andrajos eran su sudario.

—Cadáver... —el hombre hablaba nerviosamente, aferrando su pala en la semioscuridad. Le di el dinero y proseguí mi marcha, siguiendo el camino que conducía al pueblo.

Otro hombre, mucho más joven, estaba de pie una cincuentena de metros más adelante, sosteniendo también una pala. El cuerpo de un niño, recién desenterrado, permanecía sentado contra la tapa del abierto ataúd.

—Cadáver...

Por todo el pueblo, la gente permanecía en las puertas, algunos solos, aquellos que no tenían a nadie que exhumar para mí, otros con sus palas. Recién sacados de sus tumbas, los cadáveres permanecían sentados en la penumbra, ante las casas, apoyados contra las paredes de piedra como padres olvidados por fin en condiciones de alimentar a los suyos.

Los pasé a toda velocidad, arrojándoles lo que me quedaba del dinero, pero a todo lo largo de mi descenso de la montaña las voces y los murmullos de los lugareños no dejaron de perseguirme ni un solo momento.

F I N

Título Original: *The Air Disaster* © 1975 by J. G. Ballard. Digitalización, Revisión y Edición Electrónica de Arácnido. Revisión 3